

La teoría experiencial de la atención conjunta

Un análisis de sus supuestos en torno al cuerpo y a la percepción



Jesica Buffone

Academia Nacional de Ciencias de Buenos Aires, Consejo Nacional de Investigaciones Científicas, Argentina

Recibido el 15/03/2024. Aprobado el 04/04/2024

Resumen

En este trabajo se realizará un análisis de la atención conjunta a partir de una perspectiva fenomenológica, con el objetivo de desentrañar los supuestos que subyacen a la explicación experiencial de esta capacidad. ¿Qué rol cumplen los objetos en el marco de este enfoque? ¿Cómo es concebida la percepción del otro? ¿Se ponderan ciertas habilidades perceptivas por sobre otras para explicar esta habilidad? Para ello, en primer lugar, se describirán los enfoques clásicos y enactivos de la atención conjunta, con el fin de explicitar algunas críticas a estos planteos. Luego, se intentará apelar a determinadas dimensiones de la experiencia corporal, como la reversibilidad y las equivalencias intersensoriales, con el fin de abarcar otros aspectos de la atención conjunta.

Palabras clave: atención conjunta, experiencia, cuerpo, movimiento, fenomenología.

The Experiential Theory of Joint Attention: an Analysis of its Assumptions on the Body and Perception

Abstract

This paper proposes an analysis of joint attention from a phenomenological perspective, with the aim of unraveling the assumptions that underlie the experiential explanation of this capacity. What is the role of objects in this approach? How is the perception of the other conceived? Are certain perceptual abilities weighted above others to explain this ability? To this end, first of all, the classic and enacting approaches of joint attention will be described, in order to explain some criticisms of these proposals. We will then appeal to certain dimensions of body experience, such as reversibility and intersensorial equivalences, in order to encompass other aspects of joint attention.

Keywords: Joint Attention, Experience, Body, Movement, Phenomenology.



1- Introducción

La atención conjunta se caracteriza como la capacidad de los bebés de compartir su atención con los otros y es uno de los procesos que posibilitan la interacción triádica. Para Werner y Kaplan (1963), la atención conjunta dependería de la conjugación de capacidades psicológicas elementales como “la motricidad, la afectividad, la percepción y la expresión emocional” (Suárez Acevedo & Pérez Giménez, 2019: 55). Este tipo de atención resulta de cierta identificación precoz con otras subjetividades, la cual comienza a perfeccionarse hacia los nueve meses de vida. Asimismo, la atención conjunta no implica solamente la posibilidad de compartir vivencias sobre el mundo, sino que también cambia la forma en la que el niño comienza a experimentarlo.

El enfoque experiencialista de la atención conjunta, el cual prioriza el movimiento y la manifestación de las emociones como experiencias a partir de las cuales comprendemos a las otras subjetividades (Gallagher, 2010; 2012), se ha abierto camino frente a otros enfoques que hacen de la teoría de la mente el requisito indiscutible para explicar el acceso a la vida mental de otros sujetos (la cual es descripta, además, como distal y opaca). Si bien el enfoque que hace hincapié en las interacciones cuerpo a cuerpo puede explicar el “acceso” a los otros sin apelar a procesos inferencialistas o simulacionistas (lo cual lo hace más apropiado para dar cuenta de ciertos intercambios en la primera infancia), parece estar ligado a ciertos supuestos en torno a la corporalidad y la percepción.

En este trabajo se realizará un análisis fenomenológico de la atención conjunta, con el objetivo de desentrañar los supuestos que subyacen a la explicación experiencial de esta capacidad. ¿Qué rol cumplen los objetos en el marco de este enfoque? ¿Cómo es concebida la percepción del otro? ¿Se ponderan ciertas habilidades perceptivas por sobre otras para explicar esta habilidad? Para ello, en primer lugar, se describirán tanto los enfoques clásicos como el enfoque experiencial de la atención conjunta, con el fin de explicitar algunas críticas a estos planteos. Luego, se analizarán ciertas dimensiones propias del cuerpo vivido como la reversibilidad y las equivalencias intersensoriales, con el fin de ahondar en los aspectos de la experiencia de compartir un mundo con otros.

2- Atención conjunta e intersubjetividad secundaria: la puerta de entrada a un mundo compartido

Desde los primeros meses de vida, los bebés tienen intercambios expresivos con sus congéneres y comenzarán a reconocer la significación expresiva de los gestos de las figuras de crianza. Colwyn Trevarthen y Penelope Hubble (1978) llamarán a este tipo de interacción *intersubjetividad primaria*, la cual supone un intercambio diádico eminentemente expresivo entre el bebé y el cuidador. En la intersubjetividad primaria, el móvil de los intercambios se encontrará al interior de la relación diádica misma: “las expresiones de los bebés son como especulares o complementarias a la de los adultos que se relacionan con ellos”, por lo cual esta intersubjetividad primaria constituye “un sistema motivacional innato y básico, que permite compartir y coordinar intersubjetivamente estados emocionales internos” (Rivière & Sotillo, 2003: 184). Rivière y Sotillo (2003) afirman que esta intersubjetividad es “corporeizada”, en la medida en que todavía no hay una distinción clara entre lo mental y lo corporal. Para Werner y Kaplan (1963), en la intersubjetividad primaria se daría una *sintonización afectiva*, en donde no hay una diferenciación de los estados emocionales del bebé de los de su cuidador. Si bien en la intersubjetividad primaria hay una “orientación activa hacia las personas” (lo cual se puede observar en conductas como la sonrisa “social”) y se da un intercambio complejo de expresiones, solo hay para Rivière “intención de comunicación” (1986)

y no aún un acto comunicativo propiamente dicho. Para poder hablar de comunicación, Rivière sostiene que tenemos que identificar “tensión de meta, representación anticipatoria de la meta, construcción de un programa de acción para obtenerla, diferenciación entre medios y fines, persistencia de la conducta hacia la meta y, finalmente, construcción de programas alternativos” (Rivière, 1986: 121). Antes de que pueda identificarse ese esquema, solo hay tensión afectiva entre el bebé y la persona con la cual establece el intercambio.

Entre los ocho y los doce meses de edad, las acciones del bebé comenzarán a cumplir los requisitos necesarios para hablar de comunicación, esto es, su conducta será “intencionada, intencional y metonímica o suspendida” (Rivière & Sotillo, 2003: 189). Que una conducta sea intencionada significa que hay una representación del fin que tal proceso persigue, y hay una distinción entre el fin y los medios utilizados para su consecución. A su vez, este proceso implica cierta flexibilidad en el accionar que posibilita un *feed-back* entre el bebé y su cuidador de acuerdo con las respuestas obtenidas. En este estadio (entre los ocho y los doce meses) se produciría para Rivière lo que Trevarthen denomina *intersubjetividad secundaria*, a partir de la cual los niños integran los objetos en el proceso comunicativo luego de establecer lazos intencionales con los adultos. La *atención conjunta* (como la actividad en la que compartimos nuestra atención con otro) es el puente que posibilita el pasaje entre la intersubjetividad primaria y la intersubjetividad secundaria:

La intersubjetividad primaria consiste en un conjunto de habilidades sensoriomotoras para comprender el significado de los movimientos, gestos, expresiones faciales, dirección de los ojos y acciones intencionales de otra persona, en el contexto de interacciones cara a cara. Estas son las habilidades que primero necesitamos para entrar en situaciones de atención conjunta. (Gallagher, 2012: 293)

Para Bimbenet (2010), la atención conjunta (como la capacidad de compartir nuestra atención con otros), es uno de los procesos que posibilitan la interacción triádica. Antes de los seis meses, sostiene Bimbenet, el niño se refiere tanto a las cosas como a los otros sin comenzar a coordinar los dos tipos de actividad, esto es, la atención hacia las cosas y hacia los sujetos. La atención conjunta, entonces, hace referencia a la capacidad de “incorporar en un contexto social la relación con las cosas y con el mundo” (Bimbenet, 2010: 93); implica no solamente “mirar lo que el otro mira” sino, más bien, “saber que el otro mira la misma cosa”, “tener conciencia de un ver en común” (Bimbenet, 2010: 94). Esta actividad incluye un primer momento en el que los bebés comprenden que los otros son como él; en segundo lugar, “la conciencia de ser un agente intencional (en un sentido práctico), es decir, capaz de alcanzar los objetivos a partir de diferentes medios” (Bimbenet, 2010: 94). Bimbenet pondrá en relación el primer aspecto con la idea de Tomasello según la cual la atención conjunta estaría relacionada con cierto “sentido innato de la intersubjetividad” que ya Meltzoff notaba en relación con la imitación neonatal. Es, para Bimbenet, “un cuadro de partida relativamente vacío y llamado a completarse progresivamente” (2010: 94). Recién hacia los nueve meses el niño se descubrirá a sí mismo como un agente intencional, “capaz de distinguir las metas de los medios que a ellas conducen”, trasladando este conocimiento de sus propias potencias a los otros. En tanto se comprende como un agente intencional, comprende al otro también como teniendo las mismas características. Por lo tanto, para Tomasello, “la atención conjunta resulta de una identificación precoz con los otros, ‘perfeccionada’ hacia los nueve meses a partir de un razonamiento instrumental” (Bimbenet, 2010: 95).

Para Bimbenet, la atención conjunta no tendrá solamente una significación social como la que pretendía Tomasello, sino que más bien transformará “más allá de la sola relación con el otro, la relación con el mundo mismo” (Bimbenet, 2010: 95). De

la misma forma, para Gallagher (2012), la atención conjunta no solo influye en nuestras habilidades de cognición social, sino también en la elaboración y comprensión compartida de significados. A partir del seguimiento de la mirada del otro es que se aprenden o asimilan significados en torno a los objetos. Por ejemplo, “la dirección de la mirada de otra persona no sólo indica un interés actual en un objeto, sino que la expresión facial de esa persona, que puede reflejar un contenido emocional específico, tendrá un efecto en la forma en que puedo llegar a sentirme acerca de ese objeto” (Gallagher, 2012: 294).

Los *protodeclarativos* y los *protoimperativos* son un ejemplo de esta capacidad, en la que los niños integran en la misma experiencia acciones dirigidas a los sujetos y a los objetos. Los protoimperativos implican la “utilización” de los adultos por parte del bebé para conseguir un resultado deseado (por ejemplo, que le alcancen un juguete). Las conductas protodeclarativas, en cambio, invitan al adulto a compartir una experiencia que para los bebés es digna de contemplación; son una invitación a mirar el mundo de a dos. Compartir la experiencia sobre los objetos será posible en la medida en que circula cierta “noción de identidad esencial entre el bebé y las personas que lo rodean” (Rivière, 1986: 142). En los protodeclarativos, se evidencia que el bebé “entiende al otro como un ser con actitudes efectivas frente al mundo, que se entiende a sí mism(o) como un ser con actitudes afectivas frente al mundo y que entiende el mundo como un depositario de valoraciones afectivas de parte de las personas” (Suárez Acevedo & Pérez Giménez, 2019: 60). Cuando el bebé le muestra a otras personas determinados objetos o situaciones del mundo, da cuenta de que diferencia estas tres relaciones y que sabe que se pueden coordinar. Frente a un hecho novedoso o sorprendente, los bebés dirigen su mirada a los adultos como una forma de consulta frente a la incertidumbre en torno a la significación o valor de dicho espectáculo. Los protodeclarativos dan cuenta de cómo la actitud contemplativa confluye en la intención de compartir una vivencia personal en torno a una experiencia.

El mundo comienza a aparecer como el polo hacia el cual las conciencias se dirigen, como el horizonte que puede convocar a unos y a otros de la misma manera. Por esa razón, para Bimbenet, la atención conjunta implica una redefinición misma de la conciencia, en la medida en que se abre para el niño un espacio común en el que convergen múltiples perspectivas.

3- La perspectiva interaccionista como una crítica a los enfoques mentalistas: no miramos el mundo desde afuera

¿Qué es lo que produce la coordinación de la atención de dos sujetos sobre un mismo objeto o situación? ¿Poseemos un módulo innato para reconocer los estados mentales de los otros sobre el mundo o es nuestra capacidad de inferir la vida mental de nuestros semejantes?

Los enfoques cognitivistas de la atención conjunta relacionan esta capacidad con la teoría de la mente y la describen en términos psicológicos. Según esta perspectiva, se produce la “lectura” de estados mentales (esto es, los deseos, las creencias y las metas del comportamiento) a partir de los movimientos oculares de la otra persona. Sin embargo, si decimos que el punto de partida debe ser el discernimiento de estados mentales que, a simple vista, no son accesibles y que, por tanto, deben ser inferidos, se hace imposible pensar en la atención conjunta en bebés de menos de un año. Gallagher sostiene que no solo el sujeto tiene que saber que el otro está dirigiendo su atención a algo, sino que también debe saber que el otro es capaz de tener un estado mental sobre eso. El mismo autor sostiene que estos enfoques “están basados en la idea de que nuestros intentos por comprender a los otros se realizan siempre en el modo de la observación” (2010: 43);

estos procesos serían en tercera persona y “offline”, esto es, estarían disociados o separados de la acción.

La *Teoría Interaccionista* (TI), en cambio, considera que el encuentro con los otros “no está caracterizado solamente por la observación, sino por la interacción caracterizada en términos de procesos sensoriomotores (*intersubjetividad primaria*) y el contexto (*intersubjetividad secundaria*)” (Gallagher, 2010: 43). Esta perspectiva, que recoge evidencias de la fenomenología y de la psicología del desarrollo, considera que el encuentro con los otros no es una experiencia meramente mental, sino que hay otros elementos que tanto la *Teoría de la teoría* o la *Teoría de la simulación* han dejado de lado. En primer lugar, la TI rechaza de plano que las otras subjetividades estén “escondidas” o sean inaccesibles para nosotros. En segundo lugar, rechaza la suposición de que nosotros seamos, ante todo, espectadores del comportamiento de los otros, ya que generalmente estamos interactuando con otras personas y no meramente contemplándolas. En tercer lugar, rechaza la suposición de que la lectura de la mente de los otros (*mindreading*) es la forma principal de comprenderlos (Gallagher, 2010).

Frente a estas explicaciones, la *perspectiva de segunda persona*, según la cual comprendemos a los demás en el ámbito interactivo mismo y a partir de su cuerpo en movimiento, se presenta ontológicamente primera respecto a otras perspectivas de análisis de la comprensión de las otras subjetividades. Para Gallagher (2008), el problema del conocimiento de otras mentes siempre se planteó en términos de dos mentes completamente distanciadas una de la otra, las cuales debían superar el gran abismo que impedía su encuentro y reconocimiento. Frente a las teorías de corte inferencialista o simulacionista, la *perspectiva de segunda persona* adopta la idea según la cual los procesos de percepción/acción “son el resultado del encuentro con los otros” y podrían suscitarse, incluso, en los “encuentros conmigo mismo y con los objetos” (Español, 2010: 310). Esta forma de comprender la mente humana “es anterior ontogenética, filogenética y lógicamente a las atribuciones mentales en primera y en tercera persona” (Gomila & Pérez, 2017: 278).¹ Gomila identifica ciertos elementos que caracterizan a esta perspectiva: en primer lugar, “corresponde a situaciones de interacción cara a cara”, o sea, de interacción directa; en segundo lugar, tiene como base “aspectos expresivos (posición corporal, orientación, tono de voz, configuración facial, sonrojo, lágrimas, etc.) que son percibidos directamente como significativos, esto es, como parte constitutiva de la emoción que se adscribe” (Gomila, 2002: 132).² De esta forma, el otro no se nos impone como extraño a nosotros y opaco a nuestra percepción, sino como un sujeto al que accedemos a partir de habilidades perceptuales desarrolladas en el ámbito interactivo mismo, las cuales me facilitarían, al mismo tiempo, acceder a mi propia comprensión. Lo mental, entonces, no es considerado como algo privado e inaccesible, sino que se percibe en el ámbito interactivo de la acción conjunta, en donde dicha atribución es mutua.

En el siguiente ejemplo, Gallagher da cuenta de una situación en la que la comprensión de las intenciones del otro se da en la acción y en la interacción en una situación determinada:

En muchos casos, la atención que comparto con otros humanos no es más que algo como esto. Si John y yo estamos en el pasto mirando una estampida que viene

1 Al respecto, Español sostiene: “En vez de asumir que las otras mentes son opacas a la percepción, este enfoque supone que nuestros modos básicos de estar y comprender a los otros, y a uno mismo, se basan en un conjunto de habilidades para la comprensión recíproca que se desarrollan y expresan en contextos interactivos, por ende, públicos y sociales, que se despliegan en el tiempo” (2010: 312).

2 Al respecto, Pérez (2013) sostiene que la descripción que realiza Gomila (2002) de la perspectiva de segunda persona refiere solamente a “un estadio ontogenético más primitivo” y no es suficiente para dar cuenta de las interacciones humanas habituales. Para Pérez nuestras prácticas sociales adultas se construyen a partir de “la idea misma de una mente representacional” (Pérez, 2013: 123), obviándose en la explicación desarrollada por Gomila (2002) el rol fundamental que ocupan las creencias en las interacciones humanas.

hacia nosotros, si nos miramos a los ojos, como dicen, si John me agarra del brazo y grita y echamos a correr, ¿hay algo más en la atención conjunta que tengamos que explicar? Supongo que tenemos aquí, siguiendo la terminología de Peacocke, una “disponibilidad perceptiva mutua abierta” de la que somos mutuamente conscientes. Sabemos que vemos que la manada viene hacia nosotros, y sabemos que sabemos, y considero que el estado de dicho conocimiento es de un tipo muy práctico que se basa en la percepción presente. ¿Necesito tener una teoría que explique por qué alguien agarra el brazo de otra persona? ¿Necesito simular la situación de John o lo que podría estar pensando? Más bien, sugiero, todo lo que necesito para la mutua interacción, y para entender las intenciones de John, ya está ahí en la dirección de los ojos y su sincronización, en el agarre del brazo, en la entonación del grito, y no tengo que ir más lejos para tratar de descubrir un conjunto de creencias o deseos que John podría tener. (2010: 298)

Para Gallagher, utilizamos habilidades “corporizadas” para comprender a los otros, aun siendo adultos. Al respecto, Pérez y Gomila (2017) traen ejemplos en donde la comprensión del otro se da en virtud de la expresividad del cuerpo en una situación interactiva determinada y a partir de reglas o conductas esperables en el marco de dichas situaciones. Bailar el tango y jugar al fútbol son dos acciones en las que hay una comprensión no verbal del otro; puedo anticipar y reconocer las acciones de los otros sujetos a partir de los movimientos de su cuerpo y de una evaluación tácita del contexto en el que tiene lugar la acción. De esta forma, Gallagher se pregunta: “¿qué significa exactamente coordinar la atención?”. Desde una perspectiva mentalista, en la medida en que la atención es un estado mental, la coordinación de la acción es considerada como una “coordinación psicológica”, la cual es expresada en términos de “actitudes proposicionales, o estar en ciertos estados mentales como creencias o deseos” (Gallagher, 2010: 44). Sin embargo, el tipo de atención que estaría en juego en la atención conjunta es “principalmente motora y emocional” (Gallagher, 2010: 46). La percepción de la mirada del otro es central a la hora de coordinar la atención con otro sobre algo en el mundo:

De manera más general, en la atención conjunta, no sólo la dirección de la mirada, sino también la expresión emocional en el rostro del otro tiene un efecto mensurable. En estudios de evaluación de objetos, por ejemplo, la mirada de la otra persona hacia un objeto puede atraer la atención hacia el objeto. (Gallagher, 2010: 49)

Para Hobson (1993), así como los bebés de pocos meses pueden percibir a los objetos a partir de la actividad que realizan sobre ellos, las actitudes afectivas de los adultos son percibidas en el escenario interactivo mismo, especialmente a partir de la expresión corporal de sus emociones. Así, “el tono de voz o la calidad de la mirada y del tacto serían las claves necesarias para lograr que la niña y el adulto se involucren en actividades compartidas” (Suárez Acevedo & Pérez Giménez, 2019: 57).³ A partir del seguimiento de la mirada de los adultos, el bebé advierte que los otros prestan atención a objetos diferentes a ellos, lo cual produce una paulatina diferenciación de sí mismo, en la medida en que comienza a contrastar sus propias actitudes afectivas con las actitudes que tienen los otros para con el mundo. Por esa razón, el enfoque interaccionista propone comprender la atención conjunta como una “capacidad psicológica de segunda persona” (Suárez Acevedo & Pérez Giménez, 2019: 60), en donde los otros se nos dan en la experiencia misma y en la interacción, y no a partir de una operación mental inferencialista.

³ Sobre este punto ver Trevarthen, C. (2011) y Hobson, J. & Hobson, P. (2011).

Según este enfoque experiencialista e interaccionista, el fundamento sobre el que se cimentaría la atención conjunta no reside en capacidades representacionales, ni en la captación de las intenciones de los otros, sino más bien en la motivación que se da en la experiencia misma y que lleva a los sujetos a compartir sus experiencias. En medio de estos escenarios, los bebés perciben y “se apropian” de las actitudes afectivas de los adultos, esto es, comienzan a percibir los objetos con una significación determinada a partir de las actitudes que sus cuidadores tienen frente a dichos objetos. De esta forma, la “asignación social de valor afectivo a los objetos” funcionaría como “una guía para la actividad” (Suárez Acevedo & Pérez Giménez, 2019: 61) que los bebés pueden realizar con ese objeto.

De esta manera, Suárez Acevedo y Pérez Giménez concluyen que, desde un enfoque experiencial de la atención conjunta, los niños “dejan de considerar las cosas como objetos para manipular instrumentalmente, y pasan a considerarlas como objetos susceptibles de contemplación”, esto es, se daría un tránsito entre “tener actitudes instrumentales frente a los objetos y las personas, a tener actitudes contemplativas frente a unos y otras” (Suárez Acevedo & Pérez Giménez, 2019: 62). Es así como los protodeclarativos son una de las experiencias en las que se puede ver con claridad la instauración de los objetos como polos que suscitan su contemplación, una invitación por parte del bebé a observar el mundo conjuntamente. La atención conjunta, entonces, implicaría una nueva forma de relación con el mundo, siendo una capacidad que reviste una importancia funcional en sí misma y no meramente como la propedéutica para el desarrollo de una teoría de la mente.

4- ¿En qué experiencias pensamos cuando pensamos en la atención conjunta?

Ahora bien, ¿podemos pensar los protodeclarativos a partir de otras experiencias distintas al mirar? ¿Cómo se daría la contemplación conjunta desde otras sensibilidades, desde otras formas de percibir el mundo? Si bien el enfoque ligado a la experiencia y a la interacción se aparta de procesos simulacionistas o inferencialistas que hacen poco probable la coordinación de la atención en los primeros años de vida, parece, sin embargo, estar sujeto a algunos supuestos al momento de dar cuenta del encuentro con los otros en el mundo. Por ejemplo, la insistencia sobre el cruce de miradas (que parece ser un puente hacia el objeto) hace de la visión una de las vías más preponderantes para explicar el encuentro con los otros. Si bien la armonización de Werner y Kaplan parece suponer un encuentro basado en la expresividad y el movimiento, el mirar conjuntamente es el ejemplo paradigmático (y casi exclusivo) que explica el encuentro con otras subjetividades.

Sobre este punto, Isserow (2008) remarca la necesidad de comprender la experiencia de la atención conjunta por fuera de (o, al menos, no exclusivamente desde) la visión, intentando comprenderla a partir de otros sentidos como el tacto. Al respecto, explica cómo la atención conjunta es ejercitada a partir de otros sentidos en el caso de niños ciegos:

Para mitigar la pérdida de conexión relacional como resultado de la discapacidad visual con estos niños, Fraiberg y su equipo ayudan a los cuidadores a tomar conciencia y centrar su atención en el “lenguaje de las manos” empleado por sus bebés ciegos. Este lenguaje manual es un medio para establecer ese vínculo humano vital con otra mente durante los primeros meses de vida. Esta idea de “lenguaje de las manos” parece funcionar evolutivamente de manera similar a la idea de Frith de “lenguaje de los ojos”, ya que ambas sirven para compartir estados mentales entre el bebé y la madre. Cuando la intersubjetividad no puede lograrse a través de la inmediatez del contacto visual entre la madre y el bebé,

es necesario encontrarla en otros dominios sensoriales, si se quieren evitar complicaciones del desarrollo. La intersubjetividad a través de la delicadeza táctil de las manos, más que a través de la danza de los ojos, proporciona una ruta alternativa. (Isserow, 2008: 37; cfr. Fraiberg, 1974; Hobson, 2002)

De esta forma, Isserow remarca la importancia de buscar otros “campos sensoriales” distintos a los visuales que puedan ser el sustrato de experiencias compartidas. Si bien su descripción del acto perceptivo es fragmentaria y responde a una concepción de cuerpo escindida entre distintos canales sensoriales, Isserow señala un punto importante en los trabajos sobre atención conjunta: la mayoría parece referir a una misma experiencia perceptiva compartida que cierra la explicación sobre una coordinación visual, reduciendo lo motor a esto último. De esta forma, así como las perspectivas cognitivistas apelaban a explicaciones que solo eran aplicables luego de la consolidación de la teoría de la mente, la explicación experiencialista de la atención conjunta parece reducir la experiencia motriz a la experiencia visual, no siendo aplicable, de esta manera, a las distintas formas de percibir el mundo. Si bien este tipo de explicaciones hacen de la atención conjunta una capacidad que no se explica necesariamente por la vía representacional y se define, en cambio, a partir de la acción conjunta, la visión aparece como la sensibilidad que explica no solo su nacimiento (en los ejemplos de los protodeclarativos), sino que también está en el centro de experiencias en las que se da cuenta de su consolidación. Esta preeminencia de la visión (la cual no es nueva en el ámbito de la filosofía y de la psicología del desarrollo) deja sin explorar otras formas de encuentro con los otros y con el mundo. ¿Cómo se da este referir conjuntamente al mundo desde la sensibilidad táctil, de este encuentro simultáneo con los objetos y con la piel del otro?

Por otra parte, la forma de describir el “circuito” de la atención conjunta poniendo de relieve la actitud contemplativa sobre la mirada de los otros impide pensar el triángulo comunicacional con otras características y en otras direcciones. Así, Isserow trae el caso de Mary, una joven autista de 17 años, quien asistía a encuentros de arte terapia. Isserow afirma que, en el caso de esta joven, la mirada, lejos de producir un encuentro con el otro, la alejaba de sus congéneres: “usó sus ojos para cerrar cualquier brecha en experimentar la diferencia y experimentar al otro” (2008: 39). Asimismo, Isserow nota que aquellos episodios en los que Mary se percataba de otras subjetividades y respondía a sus palabras eran aquellos en los que primeramente encontraba un objeto que fuera de su agrado y capturase su atención. Cuando ello sucedía, se producían eventos de atención conjunta (aunque fueran fugaces y esporádicos). En el caso de Mary, las cualidades táctiles de los objetos eran centrales para que se produjeran este tipo de experiencias compartidas (por ejemplo, ella tenía preferencia por aquellos objetos que tenían un adentro y un afuera distinguible).

Estos casos nos invitan a pensar la atención conjunta desde la dimensión táctil y, al mismo tiempo, en el rol que ocupa el tacto en la organización de nuestro encuentro con los otros y con el mundo. ¿El tacto solo cumple un rol preponderante en aquellos casos en los que la visión se encuentra limitada o vedada? Si bien el enfoque experiencial de la atención conjunta nos permite pensar la motricidad en todas sus dimensiones, la centralidad de la visión impide pensar la especificidad de otras experiencias constitutivas del encuentro con los otros.

5- El mundo como horizonte colectivo

El enfoque interaccionista de la atención conjunta logra explicar esta capacidad por fuera de la esfera estrictamente cognitiva. Los episodios de atención conjunta pueden comprenderse a partir del movimiento, por el intercambio expresivo entre los sujetos

implicados, por ese suelo mundano que se instala como el sustrato de nuestras acciones y que Maurice Merleau-Ponty (1984) remarca como el fundamento de la acción conjunta en el mundo. Es el ámbito común de nuestra experiencia, el trasfondo sobre el que se recortan nuestras acciones y el ámbito que solicita a nuestros cuerpos y al de los otros en igual medida. El mundo de la experiencia es el polo hacia el que se dirige nuestra corporalidad y es allí donde nos encontramos con las otras subjetividades.

Ralón de Walton (2024) señala la importancia de comprender el cuerpo en términos de *cuerpo vivido* y como *sistema de equivalencias* para poder explicar la acción conjunta con los otros en el mundo. Refiriendo a Henry Head, Merleau-Ponty sostiene que nuestro cuerpo es una unidad, es un sistema de equivalencias en donde los sentidos están interconectados entre sí, conformando una unidad significativa. Los sentidos remiten unos a otros y el cuerpo de los otros es comprendido en relación con el mío. De esta forma, el encuentro con los otros en el mundo de la experiencia encuentra su fundamento en este horizonte compartido que es posible gracias a la dimensión vivida e intersubjetiva de nuestra corporalidad. Si bien el referirnos conjuntamente al mundo encuentra su fundamento en el cuerpo vivido (el cuerpo habitual, sustrato de formas determinadas de moverse y percibir el mundo), la reducción de la contemplación y de la sincronía motriz a lo visual recorta la plasticidad de un cuerpo a una única experiencia perceptiva. Este sesgo reduccionista de lo motriz a lo visual (coordinar acciones es vernos mutuamente) encuentra sus orígenes en ciertos hábitos filosóficos que emparejan el pensar con la visión, y recae con todo su peso sobre la forma de explicar e identificar experiencias de atención y de acción conjunta.

Para Gallagher (2017), la *intercorporeidad* propia del cuerpo fenomenal está a la base de la percepción directa de las otras subjetividades. Esta relación pre-teórica que establece con los otros puede identificarse para este autor con lo que tanto Merleau-Ponty como Husserl denominan *reversibilidad*. Este concepto hace referencia al sistema conformado entre un sujeto y su entorno, el cual se cimienta en la dimensión motriz (y, más aún, táctil) que atraviesa a los sujetos desde el nacimiento. Por esa razón, Gallagher sostiene que “la mayor parte de lo que necesitamos para nuestra comprensión cotidiana de los demás ya está presente en sus comportamientos contextualizados a medida que entran en nuestras interacciones intersubjetivas” (2017: 31). El ejemplo de reversibilidad que explican tanto Husserl (1996) como Merleau-Ponty (1984) es el del tacto doble (cuando las manos de una persona se tocan una con la otra), en donde hay una “reversibilidad secuencial dinámica” (Gallagher, 2017: 24). Esta dinámica secuencial se podría producir, sin embargo, entre dos personas:

El apretón de manos también es reversible, yo puedo sentirme tocado del mismo modo y al mismo tiempo que tocante, y ciertamente no existe un gran animal del que nuestros cuerpos sean los órganos, como las manos, los ojos, lo son para cada uno de ellos. ¿Por qué no existiría sinergia entre diferentes organismos, si es posible en el interior de cada uno? (Merleau-Ponty, 2010: 129)

El cuerpo entendido como esquema reversible implica que los otros nunca dejan de ser parte de nosotros mismos. Para Merleau-Ponty formamos parte de una “colectividad anónima” (2001: 312) del mundo, como aquel trasfondo intercorporal e intersubjetivo que no solamente está presente en la primera infancia a partir del sostén y de los cuidados primarios, sino que nunca abandonamos por completo. La reversibilidad como una característica intrínseca de nuestro esquema corporal es lo que permite que mi cuerpo se trabaje en un circuito de mutua redefinición con quienes interactuamos de forma habitual. La reversibilidad es, asimismo, otra cara de la expresividad de nuestro cuerpo, pero entendida en ligazón irrecusable con las demás corporalidades: los otros aparecen en nuestro escenario perceptivo en la medida en que sus movimientos son eminentemente expresivos y significantes para nosotros. Así, el encuentro con otras

subjetividades se presenta como un circuito de mutuo reconocimiento, como un correlato de mi propia motricidad.

La exploración de estas dimensiones del cuerpo vivido (que nos invitan a ir más allá de la visión) nos permite ampliar las posibilidades a la hora de identificar y analizar episodios de atención conjunta, sobre todo en el ámbito clínico. Pensar en experiencias que no tengan a la visión como eje del encuentro puede abrir el abanico hacia otro tipo de experiencias intersubjetivas en las que otros sentidos (como el tacto) sean la puerta de entrada hacia el encuentro con los otros. De este modo, el cuerpo vivido se muestra como una noción muy potente para analizar aquellas experiencias intersubjetivas que son constituyentes de la subjetividad y que modifican la forma misma en la que un sujeto se pone en relación con el mundo.

Bibliografía

- » Bimbenet, E. (2010). Pour un approche phénoménologique de l'attention conjointe. *Alter. Revue de Phénoménologie*, 18, 93-110.
- » Español, S. (2010). Los primeros pasos hacia los conceptos de yo y del otro: la experiencia solitaria y el contacto "entre nosotros" durante el primer semestre de vida. En Pérez, D., Español, S., Skidelsky, L. y Minervino, R. (Comps.), *Conceptos. Debates contemporáneos en filosofía y psicología* (pp. 308-334). Buenos Aires: Catálogos.
- » Fraiberg, S. (1974). Blind Infants and their Mothers: An Examination of their Sign System. En M. Lewis & L. Roesenblum (Eds.), *The Effects of the Infant on the Caregiver* (pp. 209-223). New York and London: Wiley.
- » Gallagher, S. (2008). Understanding Others: Embodied Social Cognition. En Calvo, P. y Gomila, T. (Eds.), *Handbook of Cognitive Science. An Embodied Approach* (pp. 439-452). U.S.A: Elsevier.
- » Gallagher, S. (2010). Movement and Emotion in Joint Attention. En Flach, S, Margulies, D. & Söffner, J. (Eds), *Habitus in Habitat I: Emotion and Motion* (pp. 41-54). Bern: Peter Lang.
- » Gallagher, S. (2012). Interactive coordination in joint attention. En Seeman, A. (ed.), *Joint Attention: New Developments in Psychology, Philosophy of Mind, and Social Neuroscience* (pp. 293-305). Cambridge: MIT Press.
- » Gallagher, S. (2017). Intercorporeidad y reversibilidad: Merleau-Ponty, emoción, percepción e interacción. En Pérez, D. y Lawler, D. (Eds.), *La segunda persona y las emociones* (pp. 23-44). Buenos Aires: SADAF.
- » Gomila, A. (2002). La perspectiva de segunda persona de la atribución mental. *Azafea*, 1, 123-138.
- » Gomila, A. & Pérez, D. (2017). Lo que la segunda persona no es. En Pérez, D. & Lawler, D. (Eds.), *La segunda persona y las emociones* (pp. 275-297). Buenos Aires: SADAF.
- » Hobson, P. (1993). *Autismo y desarrollo de la mente*. Madrid: Alianza.
- » Hobson, P. (2002). *The cradle of Thought*. London: Macmillan.
- » Hobson, J. & Hobson, P. (2011). Joint Attention or Joint Engagement? Insights from Autism. En A. Seeman (Ed.), *Joint attention. New Developments in Psychology, Philosophy of Mind and Social Neuroscience* (pp. 115-135). Cambridge: MIT Press.
- » Husserl, E. (1996). *Meditaciones cartesianas* (trad. J. Gaos y M. García-Baró). México: FCE.
- » Isserow, J. (2008.) Looking together: Joint attention in art therapy. *International Journal of Art Therapy*, 13:1, 34-42.
- » Merleau-Ponty, M. (1984). *Fenomenología de la percepción* (trad. J. Cabanes). Barcelona: Planeta-Agostini.
- » Merleau-Ponty, M. (2001). *Psychologie et pédagogie de l'enfant. Cours de Sorbonne (1949-1952)*. París: Verdier.
- » Merleau-Ponty, M. (2010). *Lo visible y lo invisible* (trad. Consigli, E. y Capdevielle, B.). Buenos Aires: Nueva Visión.
- » Ralón, G. (2024). *Sentido salvaje. Naturaleza y acontecimiento*. México: Lambda.

- » Rivière, A. (1986). Interacción precoz. Una perspectiva vygotskiana a partir de los esquemas de Piaget. En Belinchón, M., Rosa, A., Sotillo, M. & Marichalar, I. (Eds.), *Ángel Rivière. Obras escogidas. Vol. II* (pp. 109-142). Madrid: Panamericana.
- » Rivière, Á. & Sotillo, M. (2003). Comunicación, suspensión y semiosis humana: Los orígenes de la práctica y de la comprensión interpersonales. En Belinchón, M. y otros (Comps.), *Ángel Rivière. Obras Escogidas. Vol. II* (pp. 181-201). Madrid: Panamericana.
- » Suárez Acevedo, C. & Pérez Jiménez, M. A. (2018). *Filosofía y psicología de la mente infantil. Un ensayo de ingeniería conceptual en la teoría de la atención conjunta*. Bogotá: Editorial Pontificia Universidad Javeriana.
- » Trevarthen, C. (2011). The generation of human meaning: how shared experience grows in infancy. En A. Seeman (Ed.), *Joint attention. New Developments in Psychology, Philosophy of Mind and Social Neuroscience* (pp. 73-113). Cambridge: MIT Press.
- » Trevarthen, C. & Hubley, P. (1978). Secondary intersubjectivity: confidence, confiding and acts of meaning in the first year. En Lock, A. (ed.), *Action, Gesture and Symbol: The Emergence of Language*. London: Academic Press.
- » Werner, H. & Kaplan, B. (1963). *Symbol Formation*. New York: Wiley.